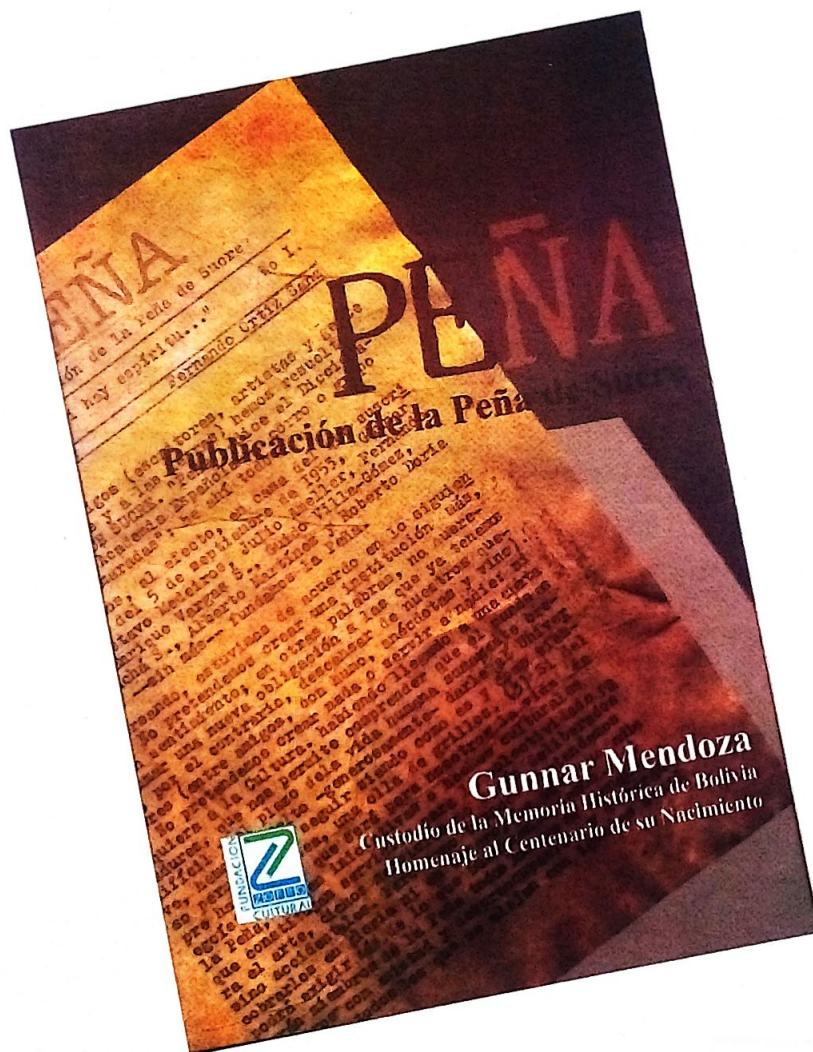




D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



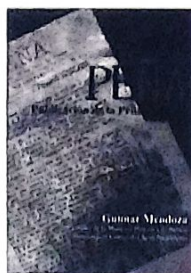
Adela Zamudio • Gunnar Mendoza • Josep Barnadas • Jaime Martínez • Matilde Casazola
Luis Ríos • Luis Urquieta • Octavio Paz • Blithz Lozada • Juana Inés de la Cruz
Luis Téllez • Gabriel Salinas

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXII n° 557 Oruro, domingo 28 de septiembre de 2014





Publicación auspiciada por la
FUNDACIÓN CULTURAL ZOFRO

Del dolor y de la lucha

El que tú llamas monótono trabajo, es combate incesante en que agoto mis fuerzas físicas y morales en frente de enemigos de toda especie —enemigos de dentro y de fuera... Con todo, estoy más satisfecha de mi labor pedagógica, por lo menos, los pedagogos no me honran con elogios tan risibles como los que me prodigan los bates bolivianos... me prestó algunas revistas en las que leí artículos y versos de las literatas chilenas, que no me encantan. Escriben bonito pero no dicen nada. Según lo declara la misma presidenta de ese club, son señoras de la aristocracia que se propusieron instruirse y escribir, por no ser superadas intelectualmente por jóvenes oscuras que se preparaban en colegios fiscales. Es decir, escriben por añadir un adorno más a su educación brillante, son literatas de lujo. En sus escritos no puede pues campea la idea que nace a impulsos del dolor y de la lucha.

Adela Zamudio Rivero. Cochabamba, 1854-1928.

PEÑA: Publicación de la Peña de Sucre:

Historia anticipada

(fragmento)

La Peña debe ser valorada a tono con el Editorial del n° 1 de su periódico, y con su acción efectiva.

Desde luego, todo revela que no tuvo base económica para una obra de más alcance. Dada su índole quizá esto no le preocupó mucho, pero es obvio que de contar con esa base habría acrecentado su contribución. Este *handicap* explica, verbi gracia, que su periódico, único literario en Bolivia aquel año, circulase solo en el grupo mismo. En nuestra *Literatura boliviana del siglo XX* pueden apreciarse algunas de sus páginas.

La Peña proyectó una *Antología de la poesía boliviana*. James Pearson en su tesis doctoral *Bolivian Intellectual trends* describe un extenso elenco de poesía fechada en 1954, existente en originales en la Biblioteca Nacional, evidentemente adscrito a aquel propósito. ¿Llegó él a concretarse? No podemos responder decisivamente. También se propuso formar un *Índice Cultural Boliviano*. No hemos averiguado si la posibilidad se hizo efectiva. Mr. Pearson ha recopilado hasta 12 fichas correlativas y elocuentes sobre los contornos de la iniciativa.

La Peña trató de suscitar grupos afines en Bolivia. Infelizmente las noticias de su semanario al respecto no son del todo exactas. Disposición adversa en otras ciudades y falta de persistencia en el grupo gestor, explican un resultado que privó a nuestra cultura de alicientes sin duda vigorosos. El periódico intercala entre sus páginas algunos programas que sugieren el interés público despertado por la Peña en torno a la poesía boliviana.

¿Emparejó este grupo su brillante capacidad ideativa con un impulso realizador equivalente? No pueden hacerse cargos excesivos. En el capítulo *Supuestos sociales del problema cultural boliviano*, intentamos trazar una clave de este y otros casos semejantes.

La Peña reuníase los sábados al anochecer en un café vecino a la plaza de Sucre. Cartas coetáneas y las peregrinas *Memorias de un desmemoriado* (obra apócrifa según nuestros colegas Manuel María Ortiz y Mario Villa-Gómez) coinciden en que las reuniones no tenían carácter formal y que a veces se escuchaba desde la calle más algazara festiva que la debida.

El grupo, a estar con su semanario, cultivó un grato espíritu de humor y preocupación intelectual, sobre una línea que enhebra clásicos aportes chuquisaqueños. Por poco que hiciere hizo mucho manteniendo una elevada tensión espiritual no ajena seguramente a significativos rasgos culturales de este período. Nuestro estudio sobre algunos valores que participaron en la Peña permite apreciar la influencia del grupo sobre ellos.

Entre los factores determinantes de esta rara condensación de inquietud señalemos: Una coincidencia de sensibilidad para los valores espirituales: gracias a ella gente diversa y aun contraria alentó en noble mancomunidad. Luego, según hemos visto, por entonces se fijaron en Sucre personalidades que a su jerarquía intelectual añadían un vigoroso sentido asociativo. Admitamos en fin una necesidad de evasión: en el capítulo *Telón de fondo histórico* se ve cómo aquella generación atravesó por más de una dramática contingencia; hombres todos en quienes el sino histórico sedimentara un pocillo de tristeza.

El *Desmemoriado* trasunta así el juicio de los contemporáneos sobre la Peña: *Alcancé a conocer por 1990 a uno o dos espeñistas, vejates todavía tratables, y no comprendo cómo la tal Peña preocupó tanto. Para los pechoños de hoy, llamados entonces izquierdistas, era un reducto decadente. Para los otros, no era muy cristiana. La rodeó cierta curiosidad no exenta de suspicacia. No obstante, o quizá por eso mismo, personas de sexo, edad y condición varia, tuvieron buen antojo de contarse entre los hierofantes entregados al rito sabatino.*

En cambio sé que a mi abuelo en casa le amonestaban los sábados: ¡Nada de peñistas; busca mejores pasatiempos! Dizque el buen viejo juraba que la Peña había sido inofensiva (a pesar de uno o dos submarinos y de tres o cuatro gotas de absintio que, por error, filtrábase allí alguna vez). La Peña dio que hablar, pero no contentó a nadie, como no fuesen los peñistas mismos: la fiesta fue para ellos. ¿Qué importa? Recordando el dicho español, hoy, antes de los cien años, todos ellos están calvos.

**Gunnar Mendoza Loza. Sucre,
septiembre 3 de 1914 – marzo 5 de 1994.**



el duende
director: luis urquileta m.
consejo editor: benjamín chávez o.
ernesto zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telef. 6276816-6288500
elduende@zofro.com
lurquileta@zofro.com

www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.



Una biblioteca singular:

Una vida con libros



Josep Maria Barnadas Andújar

Cuando uno lleva décadas en cotidiano comercio intelectual y espiritual con los libros, corre el peligro de confundir el mundo de estos con el mundo de los hombres de que suelen tratar aquellos. Corre, efectivamente, un peligro real; pero como ante cualquier peligro, uno simplemente debe estar alerta para no caer en él. Los libros son ecos de lo que sus autores han captado de la realidad externa o interna a ellos mismos; el lector debe activar permanentemente el mecanismo adecuado para que los 'ecos' me lleven a lo que los causa. Este consejo se vuelve mucho más coactivo cuando uno descubre que hay una inmensa cantidad de libros escritos sobre otros libros; y en los que, a través de ellos, apenas si puede percibirse el rumor de las cosas mismas de que hablan los impresos.

Esto es verdad, como también lo es que 'el mundo de los libros', como cualquier otro mundo humano, es simplemente una realidad humana más; y que también a través de los libros cabe acceder al misterio de la humanidad (presuntamente, de lo que se trata). Es algo parecido (¿paralelo?) a lo afirmado antes acerca de que la experiencia comprende *tanto* la acción *como* la contemplación. Por otra parte, hay derecho a desconfiar y a descartar como algo ingenuo y 'primario' aquella ilusión que quiere tocar con la mano la quintesencia humana de forma completa, total, esencial, directa... e intuitiva, sin pasar por las montañas de elucubraciones, razonamientos, autoanálisis, descripciones, argumentaciones, cantos, vivisecciones que el hombre ha ido amontonando a través de una larga serie de accesos (las artes, la escritura, la historia, la antropología, la filosofía, la teología, la mística, la psicología, la sociología...), con sus respectivos más o menos sólidos conocimientos acumulados.

Hablando 'en serio', ¿quién se atrevería a sostener que hoy conocemos al 'hombre' mejor que hace dos mil, mil, quinientos, cien años? Y es que, a cierta altura panorámica de visión, por un lado sabemos que disponemos de pinturas de la especie tan viejísimas como certísimas; pero, por otro, de lo 'esencial' no dejamos de oscilar a lo 'tangible'; de lo abstracto a lo concreto; de lo universal a lo propio; de lo lejano a lo cercano; de lo preñado de contenido a lo desmenuzado, de lo filosófico general a lo étnico particular.

* * *

¿Qué podemos sacar de una vida con libros? Me refiero a todo género de ellos y no solamente aquellos para vivir. Aparte de sus posibles utilidades fragmentarias, ocasionales, pragmáticas, tomándolos como conjunto y en su última razón de ser, me atrevería a decir esto: no son más que piezas de un único rompecabezas. Y este debería ser el que nos permitiera responder al mandamiento que en Delfos coronaba el frontis del templo de Apolo: GNOZI SEAUTON (COGNOSCE TE IPSUM: concéctete a ti mismo); consigna que no debemos interpretar en su dimensión indi-

vidual, psicológica, sino en la genérica, combinando la historia con la filosofía.

Y a lo largo de los siglos y milenios la respuesta que se le ha dado también ha oscilado entre los dos extremos optimista y pesimista; ingenuo uno, desesperado otro. Que por sus mismas extremidades ya se convierten en sospechosos y, finalmente, inmerecedores de confianza. Como han dicho muchos filósofos, puede ser verdad que para embarcarse a la introspección autogénica basten las facultades humanas; pero ciertamente lo es que, acompañado por el coro de la cultura, la indagación se hace más llevadera y, finalmente, más contrastada, equilibrada, fidedigna. A condición de que se la emprenda con honestidad y suficiente amplitud.

Los libros (y quienes los han escrito) cumplen, entonces, con su más alto cometido, a saber: contribuir a que los hombres descubran el misterio de su ser; y que lo descubran en compañía, haciendo de la historia pasada un cósmico himno a su grandeza y miseria (Pascal), cimas y abismos. Compañeros de

camino, los libros. Mantener una vida en un permanente aprendizaje, alimentado por una curiosidad inextinguible.

Y no es que sólo se empiece a tener respuestas convincentes cuando ya se espera a la muerte (resultaría entonces, absurdamente, que sólo tendríamos la clave cuando ya no la pudiéramos aplicar; quede esto para el Sartre de la 'pasión inútil'). No, sino que en cada una de las diversas etapas de la vida podemos ir disponiendo de fórmulas parciales, pero cada vez más complejas, amplias y contrastantes; que tanto podemos transformar en herramientas para vivir mejor como desaprovechar, acabando como unos 'viejos verdes', una más de nuestras contradictorias paradojas: el 'saber inútil' (J. P. Revel).

* * *

Un temprano descubrimiento: de todas las experiencias acumuladas en esto que llamamos 'cultura', una pequeñísima fracción nos es avío más que suficiente para extraer las lecciones necesarias. Cada uno según sus preferencias: este, de la poesía; aquel, de la teo-

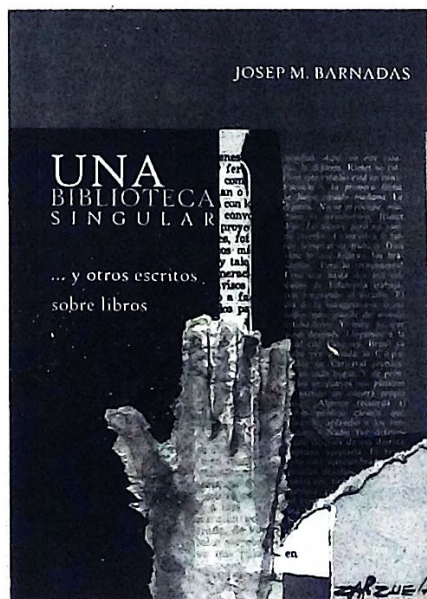
logía; el de más allá, de la biología; y el otro, de la música; o de la pintura; o de la astronomía; etc. Es una verdad elemental, pero que suelen olvidar cuantos quieren imponer a las generaciones jóvenes una carga insoportable; y que por serlo causa los más estrepitosos fracasos. Estos, sin embargo, no se evitan echando a andar por el camino no menos absurdo de la especialización de obediencia pragmática, marcada por las necesidades del aparato económico del momento. Y algo más grave que se suele olvidar: aprender a vivir exige tiempo; tiempo que no se puede comprimir. Es que para aprender a vivir hay que vivir, aunque no pueda negarse que uno también pueda aprender del vivir ajeno y de las enseñanzas que esos 'vivires' ajenos nos han dejado en la cultura.

Una vida con libros. Envidiable siempre que con ellos sepamos llegar más allá de ellos. Los libros, una herramienta como también lo pueden ser las amistades debidamente escogidas y mantenidas; la observación atenta y prolongada del escenario humano que nos rodea; la introspección no malsana ni enfermiza; el encandilamiento ante la belleza en cualquiera de sus infinitas expresiones; el sacrificio por el prójimo sin esperar agradecimiento; y tantos otros espacios, caminos y dimensiones que se abren a la existencia humana.

Libros amigos. Podemos acabar este capítulo presentando uno de sus más benéficos servicios: nos ofrecen la posibilidad de liberarnos de la esclavitud del aquí y del ahora. En efecto, los libros nos abren el camino para descubrir que ni el hombre actual ni el hombre de aquí son los únicos que han pisado la tierra y vivido y actuado en ella. Esto posee un especial valor en una época en que casi todo conduce a olvidar tan elementales verdades, pues en nuestros días goza de muy baja cotización el pasado, que es considerado estéril y, por ello, 'inactivo', no merecedor de nuestra atención.

La 'tradición' es una estructura fundante del hombre, hasta el punto de que sin aquella este no sería comprensible. 'Tradición' o historia, da lo mismo. Sin tradición el hombre necesariamente se siente extraviado en este planeta, pues carece de las herramientas y los materiales de interpretación de su propio ser, con sus apetencias, necesidades y limitaciones. Una humanidad inconsciente de sus limitaciones está condenada a ser víctima de las más crueles utopías. Sin pasado, tampoco hay futuro ni forma de orientarse hacia él.

Josep M. Barnadas.
Historiador boliviano nacido en
Cataluña, 1941-2014.



Sufrimiento en Juan pablo II

El académico de la lengua D. Jaime Martínez- Salguero (Sucre, 1936) analiza la Carta Apostólica: SALVICI DOLORIS escrita por el Papa Juan Pablo II que aborda el dolor como uno de los misterios de la vida humana íntimamente unida al existir

Segunda y última parte

Comprendemos que en la construcción de toda persona humana hay dos actores que trabajan en el mismo proyecto: uno es el sujeto temporalmente existente, cada uno de nosotros que sentimos la necesidad de formarnos para llegar a ser lo que queremos ser; proyecto muchas veces cambiante, sinuoso, en cuanto implica la búsqueda de ideales y de los mejores caminos para alcanzar a ese objetivo: la plena realización de nuestro ser en la vida. El otro actor es Dios, el ser por excelencia, y por eso mismo, por ser la plenitud, por ser el ser eternamente siendo, es infinitamente activo, orientador, conductor y auténtico realizador de la existencia, en cuanto es la primera causa de todo; y, al decir primera, también decimos la última, puesto que lo infinito, al encerrarse en sí mismo, encierra en él a lo finito. El hombre tiene un proyecto libremente concebido, que, para ser realizado exige el acto orientador que lo conduzca hacia ese fin. Exige el ejercicio de la razón y de la libertad para elegir los medios, los caminos capaces de hacerle llegar a esa meta: su plena realización. Dios también tiene un proyecto, y cuenta con la sabiduría para alcanzarlos, sin tocar, y, menos, violentar la libertad del ser humano; una manifestación de su sabiduría es la gracia, el dinamismo de Dios actuando en el interior de la conciencia, con la reconversión íntimamente escuchada por la persona, y aceptada o rechazada por el hombre. Esto nos lo Revela el Deutero Isaias al asegurarnos que el Señor permanente nos recuerda que: "Mis planes no son sus planes (los nuestros, humanos) Eso nos hace ver que en la construcción de la existencia, en eso que llamamos mi vida, se juntan dos seres: el hombre y Dios. Se enfrentan dos proyectos, el humano, inmediato y temporal; y, el divino, eterno y mediato, es decir, realizado a largo plazo y con la mediación de actos intermedios. Esa característica nos impide ver, en el tiempo, ese objetivo cuanto la realización del mismo. Lo cierto es, que, por la actuación de dos actores y dos proyectos en la vida humana, el hombre siente la tensión existencial que esto le produce: el tironeamiento interior. Por una parte, el tirón que yo me produzco al buscar, tercamente, encaminarme hacia mi objetivo personal, libre y conscientemente planificado; el otro, el que el Señor produce al buscar encaminarme hacia su proyecto. Pero, retomemos el hilo del pensamiento de Juan Pablo II.

El Papa recientemente beatificado nos dice que el sufrimiento debe servirnos para la conversión, es decir, para salir de pecado. La



culpa, el pecado tiene dos caras: la aparente e inmediata y la real y verdadera. La faz bellamente engañosa que nos ofrece la felicidad, ya; para, pronto, diluirse en el desencanto. La otra, la fisonomía negra y angustiante, propia de quien está perdiendo ser; la de quien está deshaciéndose al entregarse al mal, que lo separa de Dios. Por eso, en el plan divino el sufrimiento tiene, también, dos caras. La cara oculta, invisible a la mirada humana, y, la otra, vista por el hombre como un mal. Esta última nos desespera y levanta nuestra protesta. ¿Por qué a mí me llega el sufrimiento? Pregunta que esconde al egoísmo y al orgullo. Yo, el merecedor de todo, ¿por qué tengo que soportar esta dolorosa situación? ¡Qué injusticia! Con lo cual caemos en una nueva rebelión. La otra cara del sufrimiento es la faceta interna, vista únicamente por Dios, es el reato del pecado original. La herida producida en la naturaleza original del ser humano, que debe ser curada por el único que puede

hacerlo: El Señor, justo juez, quien, por boca de Daniel, en la oración de Azarías, nos dice: "Lo que has hecho con nosotros (Señor) está justificado. Todas tus acciones son justas, tus caminos son rectos, tus sentencias son justas". (Dn 3, 27) De ahí, que, en el plan de Dios, el sufrimiento libremente aceptado e injertado por amor en el dolor de la Víctima Inocente por excelencia: Jesucristo, Hijo de Dios, sea el camino a una nueva sabiduría.

SALVACIÓN. Todos sentimos admiración por quien soporta heroicamente un sufrimiento, sobre todo cuando este es inocente, porque sufre sin tener la culpa, porque, intuimos en el fondo de nuestra conciencia que ese sufrimiento aumenta dignidad al hombre. El Papa Juan Pablo II nos dice: "Hay que reconocer el testimonio glorioso no solo de los mártires de la fe, sino también el de otros numerosos hombres que a veces, aún sin la fe en Cristo sufren y dan la vida por la verdad y una justa causa. En los sufrimientos de todos estos es confir-

mada en modo particular la gran dignidad del hombre (p 45) Pero, ¿qué es dignidad? El revestimiento de una calidad superior que recubre el ser de alguien, es decir, es llevar sobrepuesta, o regalada la naturaleza de Dios que nos hace hijos adoptivos suyos. En efecto, al participar del dolor de Cristo, quien sufre inocentemente, participamos del amor del Padre, que, desde la eternidad tiene el plan de entregar con infinito amor al hombre caído a su Hijo unigénito, y "(...) este Hijo de la misma naturaleza del Padre, sufre como hombre. Su sufrimiento tiene dimensiones humanas, tiene también una profundidad e intensidad -únicas en la historia de la humanidad- que, aun siendo humanas pueden tener también una incomparable profundidad e intensidad de sufrimiento, en cuanto que el Hombre que sufre es en persona el mismo Hijo Unigénito, "Dios de Dios", por lo tanto, solamente El -el Hijo Unigénito- es capaz de abarcar la medida del mal contenida en el pecado del hombre: en cada pecado y en el pecado "total", según las dimensiones de la existencia histórica de la humanidad sobre la tierra." (p 32). Por lo tanto, al sufrir cristianamente, abrazados al dolor del Redentor entramos en el misterio del amor capaz de proponer caminos que, a la luz de la razón humana, tan limitada, nos parecen absurdos. En el fondo del dolor que entrega sufrimiento al hombre está la reconstrucción del ser perdido en el pecado; por eso, a medida que sufrimos, crecemos en un esfuerzo por alcanzar la primitiva dignidad de Adán antes de la caída; es decir, marchamos hacia el verdadero hombre que Dios ha creado. Por eso, Juan Pablo dice que Cristo "Acoge con su sufrimiento aquel interrogante que, puesto muchas veces por los hombres, ha sido expresado, en un cierto sentido, de manera radical en el Libro de Job. Sin embargo Cristo no solo lleva consigo la misma pregunta y esto de una manera todavía más radical, ya que Él no es solo un hombre como Job, sino el Unigénito Hijo de Dios, pero lleva también el máximo de la posible respuesta a este interrogante. La respuesta emerge, se podría decir, de la misma materia de la que está formada la pregunta. Cristo da la respuesta al interrogante sobre el sufrimiento y sobre el sentido del mismo, no solo con sus enseñanzas, es decir, con la Buena Nueva, sino ante todo con su propio sufrimiento, el cual está integrado de una manera orgánica e indisoluble con las enseñanzas de la Buena Nueva. Esta es la palabra última y sintética de esta enseñanza: "la doctrina de la cruz", como dirá un día San Pablo. (p 34)

De ese punto crucial, de la cruz en el camino de la vida, del instante crítico en el que decidimos el rumbo de nuestra existencia, surge otro aparente absurdo: "El Evangelio del sufrimiento", pues al sufrir aumentamos nuestra dignidad al entrar por la puerta que nos abre "la posibilidad de vivir en la gracia santificante" (p 25), como dice Juan Pablo.

(Pasa a la Pág. 5)



EVANGELIO DEL SUFRIMIENTO. ¿Buena nueva del dolor? Evangelio del sufrimiento, estos conceptos ¿no parecen antitéticos? ¿Qué alegría, qué agradable novedad trae aparejado el sufrimiento? Recordemos que la Revelación de Dios está llena paradojas, de ideas incomprensibles a la luz de la razón natural porque llevan en sí el mensaje trascendente y eterno; es que la lógica de Dios no concuerda con la del ser humano porque surge y vive en el corazón de lo absoluto amoroso, en el seno del misterio que nace en la eternidad, engloba al tiempo y su afán, para cerrarse en la eternidad a donde lleva al hombre.

El Evangelio del sufrimiento, en palabras de Juan Pablo II es el que el mismo Redentor ha escrito con su vida terrena, por amor al ser humano (p 51). Es el Evangelio que hemos recibido de los testigos de la cruz (p 51) y que nos transmite tanto la suma de dolores de Jesús y de María, su madre, junto a las enseñanzas del Maestro; quien, en ningún momento ha ocultado a sus oyentes la necesidad del sufrimiento para unirse a él, a su obra y a su ejemplo; tanto, que, entre otras afirmaciones pide a sus discípulos de todos los tiempos: "El que quiera seguirme, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz cada día y sígame." (Lc 9,23) Es que el Beato Juan Pablo dice: "(...) las tribulaciones por Causa de Cristo, contiene en sí una llamada especial al valor y a la fortaleza, sostenida por la elocuencia de la resurrección." (p 56)

En la misteriosa lógica de Dios, cuanto más amado y elegido es un ser humano sufre mayores tribulaciones, dolores más intensos. Veamos, si no, la dolorosa y callada vía de sufrimientos que recorre la Virgen María, aquella a quien el Señor, por boca de Simeón pronostica que por culpa de esa maternidad: "una espada te atravesará el corazón" Dolor, que, especialmente en el calvario, con aguda sensibilidad junto al sufrimiento de Jesús "alcanzó un vértice ya difícilmente imaginable en su profundidad desde el punto de vista humano, pero ciertamente misterioso y sobrenaturalmente fecundo para los fines de la salvación universal", en palabras de Juan Pablo, quien dice, además, "(...) El Evangelio del sufrimiento significa no solo la presencia del sufrimiento en el Evangelio, como uno de los temas de la Buena Nueva, sino además la revelación de la fuerza salvadora y del significado salvífico del sufrimiento en la misión mesiánica de Cristo y luego en la misión y en la vocación de la Iglesia." (p 53-54)

Ese es, en criterio del Papa Juan Pablo II, el primer gran capítulo del Evangelio del sufrimiento, porque el segundo: "(...) lo escriben todos los que sufren con Cristo, uniendo los propios sufrimientos humanos a su sufrimiento salvador. (p 57). O sea es el capítulo en realización histórica por la Iglesia Militante hasta la Parusía, uniendo el dolor personal al sufrimiento de Cristo en el acto de la salvación. En palabras de Juan Pablo "(...) Todo hombre tiene su participación en la Redención. Cada uno está llamado también a participar de ese sufrimiento mediante el cual se ha llevado a cabo la Redención. Está llamado a participar en ese sufrimiento por medio del cual todo sufrimiento humano ha sido también redimido. Llevando a efecto la redención mediante el sufrimiento, Cristo ha elevado el sufrimiento humano a nivel de Redención. Consiguientemente, todo hombre, en su sufrimiento, puede hacerse también partícipe del sufrimiento redentor de Cristo." (p 39)

CONCLUSIONES

I. El sufrimiento es una realidad inocultable en la vida del ser humano, y se produce para hacernos madurar como personas.

II. La Iglesia es un organismo vivo y palpitante que tiene como cabeza a Cristo, quien continúa salvando a la humanidad con su pasión renovada en cada generación. Por eso, injertar el dolor personal en el de Cristo es una forma de cooperación en el acto de la salvación permanente de Dios a la humanidad.

III. Si miramos al sufrimiento como esa cooperación, pierde su cara negativa y se convierte en un bien, que nos beneficia al ayudarnos a construirnos como personas, y nos sirve para la salvación, tanto personal como de la generación a la que pertenecemos.

Fin

Querido tío Gunnar



Gunnar Mendoza con sus sobrinas Matilde y Gabriela Casazola - 1993

¿Te acuerdas cuando de niños nos cantaban en la guitarra las canciones del abuelo Jaime, y nosotros las cantábamos contigo?

¿Te acuerdas cuando trepábamos los cerros alledaños, en excursiones apasionantes, encontrando lagartijas y salta-montes?

Y tú eras el mismo que, inclinado sobre tus papeles de viejos pergaminos y letras ilegibles para el neófito, te pasabas horas del día y de la noche descifrando esos signos, que contaban la historia de estas tierras, la dramática historia de sus gentes, sufridas más rebeldes.

Y tú eras el apoyo de tu familia, de tus hermanas, la ventura de tu madre anciana.

Cómo me gustaba cantarte mis canciones, que tú saboreabas complacido. Y repetir juntos fragmentos de los poemas del abuelo, fragmentos de su prosa, apasionadamente.

Y tú al mismo tiempo, acumulando fichas, ordenando bibliografías, sin descanso, en aquel escritorio desde donde me sonreías cuando me veías aparecer.

Y de estos recuerdos salto a las horas compartidas contigo en tu cama de hospital, sufriente enfermo estoico.

Y ahora nos quedan caminos de estrellas, blancos senderos de galaxias, para llegar por ellos a alcanzarte.

¿Y qué nos dejás tú al dejarnos: esta desolación de ya no verte, esta luz que ilumina nuestras manos y esta certeza de volver a verte?

Pues que surcando la eternidad, cruzando el túnel misterioso de la muerte, miras aquí tus árboles brotando, sus copas de oro al viento balanceándose.

Tu sobrina



Matilde Casazola Mendoza.
Sucre, 1943. Poeta y compositora.

Los oscuros

La fruta estaba hecha para que la gustáramos, para olerla y gozar su lozanía. Pero nosotros no podíamos comprarla.

El sol estaba hecho para amar nuestra piel, estremecer la vida de todo nuestro cuerpo. Pero a nuestra guardiada el sol no entraba.

El pan de cada día, en fin, estaba hecho para hablarnos todas las mañanas de campos fecundados. Pero nosotros solo comíamos mendrugos duros y agrios.

También había música y otras cosas dulces, pero habitaban en el aire alto, y nosotros sólo captábamos sus ecos.

Nos debatíamos en la cueva oscura en el cuartucho húmedo donde la única verdad es la miseria.

Entonces, no aprendimos el himno de alabanza, y la sonrisa en nuestros labios era una flor enferma.

Dicen que Dios hizo a los hombres iguales y semejantes a El en armonía y belleza.

¿Cómo es, entonces, que ahora formemos este vértice inmundito del que huyen todas las miradas y contra el que se vuelven bruscamente las espaldas?

- Hablo por boca del hombre que se arrastra por húmedos rincones de morada siniestra. Dice que también de él era la tierra.

¿Quién hurtóme el rojo clavel llamada impetuosa, quién bloqueó mis salidas, quién me esperaba aún antes que pensara nacer, con la triste cadena?

No estuvo equilibrada en mi balanza la desdicha con la bienaventuranza.

Te regalo de antemano mis huesos para que hagas con ellos trémulas flautas que canten elegías mientras a blanca mesa se sientan prósperas familias,

y hay sol, hay pan, hay fruta. Pero llora, es verdad, en todo el aire trémula flauta su llanto innumerable.



PEÑA de Sucre: “

Conmemorando el centenario del nacimiento del archivista, historiador y bibliógrafo chuquisaqueño Gunnar Mendoza Loza; el 19 de septiembre se publica el académico de la lengua D. Luis Ríos Quiroga y el presidente de la Fundación ZOFRO, Luis Urquieta Molleda, además

Don Gunnar Mendoza y La Peña de Sucre

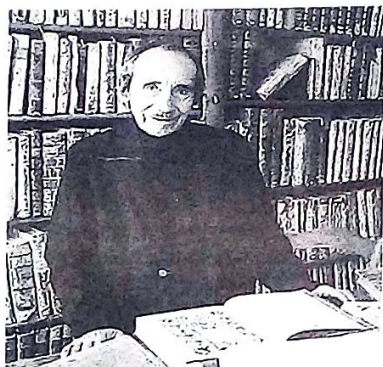
Sucre, la ciudad reclinada entre dos cerros tutelares: Sica Sica y Churuquella, arropada en la atmósfera cálida del valle. De blancas casas construidas sobre las siete patas (elevaciones de terreno), ha sido y es cuna de grupos culturales consubstanciados con la tierra en que se avecindan y cuya intelectualidad se alinea al viejo tronco de la tierra natal.

Estos grupos culturales, como la expresión de un fenómeno de psicología social y que merece un acercamiento respetuoso, nacieron a principios y transcurso del siglo XX, tal como el grupo “La Mañana” de Claudio Peñaranda, Jorge Mendieta, Adolfo Solares Arroyo, Osvaldo Molina, José Lavandén, Nicolás Ortiz Pacheco, Gregorio Reynolds, René Calvo Arana, Alberto Ostria Gutiérrez, entre otros.

Enrique Finot, historiador, profesor titular por la Escuela Normal de Sucre, probó en el documento como seguidor de Gabriel René Moreno, respecto del grupo “La Mañana” escribe: “Jugaban a la bohemia literaria, pero en realidad constituían un oasis en donde se discutía, se daba cuenta de las recientes lecturas, se recitaba y, en general se criticaba el ambiente, mezquino, hostil y ajeno a las actividades artísticas”. En ese ambiente patético de Sucre, que Enrique Finot señala, había la necesidad urgente del nacimiento de agrupaciones culturales que hicieran una afirmación de fe en el hombre y de su poder creativo no condicionado a prejuicios locales de pueblo chico, porque el pensamiento y la inteligencia son ineludables.

Así las agrupaciones culturales en Sucre son una experiencia vital enriquecedora que practica un “Humanismo Vivencial” en el que caben todas las ideologías, las doctrinas y hasta las excentricidades que experimentan sus integrantes, compartiendo inquietudes, desnudando el espíritu entre agudos comentarios y serias reflexiones, sí, con una copa de vino para brindar y la música popular sucreña como acompañamiento en sordina...

Con la unidad en la acción y la libertad total en la reflexión y creación nació “La Peña” para recoger la palpación viva de la actividad creadora. “La Peña de Sucre” se fundó en la casa del poeta Fernando Ortiz Sanz, y seguramente con el propósito de ofe-



Gunnar Mendoza Loza

cer al lector un especializado repertorio de la cultura boliviana, editó la publicación “Peña” bajo el lema “Si Hay Espíritu”, frase condicional que estaba refinadamente elaborada y ceñida a la medida de la edad madura.

Naturalmente el lema “Si Hay Espíritu” dio resultado con ininterrumpida publicación de “Peña” mimeografiada, de tamaño carta y con páginas escritas de real valer para la bibliografía boliviana.

En el número 1 de “Peña” que corresponde a la fecha 19 de septiembre de 1953, Fernando Ortiz Sanz, secretario de turno, publica en nota editorial el acta de fundación de “La Peña” que a la letra dice:

En grupo de amigos (escritores, artistas y gente inclinada al arte y a las letras) hemos resuelto fundar la PEÑA DE SUCRE. Peña –dice el Diccionario de la Real Academia Española–, corro o grupo de amigos o camaradas; he ahí todo.

Nos reunimos, al efecto, en casa del que suscribe, la noche del 5 de septiembre de 1953, Gunnar Mendoza, Gustavo Medeiros, Julio Ameller, Fernando Ortiz S., Enrique Vargas S., Guido Villa-Gómez, Hernando Achá S., Alberto Martínez y Roberto Doria Medina. Y –sin más– fundamos la Peña.

Conversando, estuvimos de acuerdo en lo siguiente: (1) No pretendemos crear una institución más, sino un sentimiento; en otras palabras, no queremos sumar una nueva obligación a las que ya tenemos, sino, por el contrario, descansar de nuestros quehaceres (entre amigos, con humo, anécdotas y vino). (2) No pretendemos crear nada o servir a nadie; ni siquiera a la Cultura. Habiendo llegado a una cierta madurez, que nos permite comprender que el mundo es difícil y el plazo de la vida humana sumamente breve, hemos resuelto –generosamente– darle al Universo permiso para seguir siendo como es y como siempre ha sido: o sea, una olla de grillos. (3) Si del egoísta placer que será para nosotros la vida de la Peña, surgen iniciativas o

hechos culturales que constituyan servicios no serán deliberados sino accidentales. Pero, como tampoco pretendemos cobrarlos en gloria ni en dinero, he aquí que nadie podrá exigir más de lo que buenamente demos. (4) Serán miembros de la Peña todos los que se acerquen a nosotros con amistad y despreocupación, y dejarán de serlo todos los que se alejen con iguales sentimientos. (5) De religión y política no se puede tratar, salvo que a alguno se le antoje hacerlo. (6) Entre existir cejijuntos o vivir con alegría, nos parece que no hay duda: en el fondo, Omar Kayyam se ha divertido más que Schopenhauer. Y ambos han muerto. (7) Para satisfacer la pasión de bibliógrafos y bibliófilos que a muchos de nosotros domina, hemos resuelto crear en Sucre, al paso de los años, una industria editorial; económicamente sólida y muy cuidada en el orden intelectual. (8) Queremos, además para dar gusto a nuestra curiosidad de las cosas humanas y del arte, hacer un Índice Cultural Boliviano, con detallado registro biográfico de todos nuestros artistas y escritores, y correspondiente glosa de su obra. (9) Queremos, en fin, leer prosas y versos, fumar, escuchar música, y procurar hacer para nuestras almas (Dios nos perdone) un pequeño Reino en este mundo, ateniéndonos al versículo 13, capítulo 27, de los Salmos: Hubiera yo desmayado si no creyese que tengo que ver la bondad de Dios en la tierra de los vivientes...” F.O.S.

“La Peña” se reunía los sábados al anochechar en el café “Florida” de la calle Calvo para dar a conocer la chispa del corazón y el destello de la inteligencia. Sin embargo, “La Peña” como es mala costumbre en Sucre, fue mal recibida porque integraban personas de avanzada edad que despertaban la suspicacia en sus respectivos hogares.

Don Gunnar Mendoza, al respecto comenta que en su casa a su abuelo lo amonestaban diciendo “Nada de peñitas, busca mejores pasatiempos”, aunque el honrado viejo juraba

que la peña era inofensiva aparte de beber uno o dos “submarinos” y de tres a cuatro gotas de “absintio”. La Peña no contentó a nadie, excepto a los mismos peñistas.

“La Peña” de Sucre, pese a la actitud siempre negligente a todo brío de innovación en la ciudad, continuó recogiendo la palpación viva de la vocación creadora de sus integrantes: discusiones estéticas, artículos de temas variados, trabajos de crítica literaria que definen a un autor o a una época, comentarios de la vida cultural, pensamientos de autores destacados, comprende la presente compilación de “Peña” que ofrece un muestrario de material variado que abarca una parte del siglo XX.

En don Gunnar Mendoza la poesía fue sin duda el instrumento al que reservó los mejores cuidados. Si el lector acude directamente a la lectura de sus comentarios críticos en las páginas de la publicación “Peña”, advertirá la certeza con que juzga la poesía de Fernando Ortiz Sanz, Julio Ameller Ramallo, Guido Villagómez, Jaime Mendoza, Octavio Campero Echazú, Ricardo Jaimes Freyre.

En la preceptiva literaria y el título “De la versificación y el ritmo”, originó una ruidosa polémica al interior de “La Peña” entre don Gunnar Mendoza y el poeta Rafael García Rosquellas. Aparte del motivo literario, este hecho cultural, habla de la riqueza intelectual, de la honestidad y responsabilidad de los trabajos que publican.

La misma actitud de apertura a la honradez intelectual ha sostenido el comentario de obras importantes de la literatura boliviana: “En las Tierras del Potosí” de Jaime Mendoza. “La Traición del Inconsciente” de Enrique Vargas Sivila. “Prólogo al Adiós” de Fernando Ortiz Sanz. “De la Sombra y el Alba” de Julio Ameller Ramallo. “El doctor don Pedro Vicente Cañete y su Historia Física y Política de Potosí” de Gunnar Mendoza.

Esta primera edición de “Peña” que pertenece a la agrupación “La Peña” que edita generosamente la Fundación Cultural “ZOFRO” de la ciudad de Oruro y que tiene por presidente a don Luis Urquieta Molleda, mecenas de la cultura boliviana, registra con perspectiva de pasado y prudente atención de presente, esa muerte y resurrección y mutante energía de la aventura intelectual.

“Peña”, publicó material ecléctico en lo que tienen de motivación creadora unos, de generosa insurgencia algunos, de honesta pasión por el oficio todos.

Los materiales de esta primera edición ya soy hoy Documentos. Así sea.

Luis Ríos Quiroga



“Si hay espíritu...”

presentó el libro “Peña” en ambientes del Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia. Estuvieron presentes el director del ABNB, Juan Carlos Fernández, más de familiares del insigne estudioso e invitados especiales. A continuación fragmentos de los discursos leídos en el acto.

Peña de Sucre

El historiador Enrique Finot dejó sentada la evidencia de que las agrupaciones culturales fueron para la ciudad de Sucre una experiencia vital y enriquecedora por la práctica de un humanismo vivencial, donde cabían todas las ideologías, las doctrinas y hasta las excentricidades. Podemos también decir que aquellas manifestaciones de afinidad intelectual trascendieron el tiempo para reposar como paradigma y sustento de la tradición chuquisaqueña.

Así aparecería PEÑA, publicación de la Peña de Sucre, un sábado 19 de septiembre de 1953 plasmando los acuerdos de la reunión fundacional ocurrida dos semanas antes, una noche lúcida de la bohemia sucreña en que se esbozó con desenfadado, sencillez y franqueza el derrotero de sus propósitos.

Seisenta años después de su gloria yacente, marcada en el recuerdo por la fecundidad y universalidad de sus escritos, conocimos la colección mimeografiada gracias al denodado interés de mi entrañable y cultivado amigo D. Luis Ríos Quiroga para hacer de ella un libro, por lo que sin prolegómenos asumimos el deber inexcusable de reproducir tal colección y divulgarla en una obra digna de su contenido como una muestra de admiración a sus autores y en adhesión al insigne polígrafo y archivero D. Gunnar Mendoza en el centenario de su nacimiento.

El corro cultural PEÑA tuvo presencia en el ámbito generacional de Sucre entre el 19 de septiembre de 1953 y el 13 de noviembre de 1954, habiendo llenado sus páginas 275 artículos en todas las categorías de las letras y el pensamiento, desde la poesía, narrativa, crónica, crítica, ensayo, hasta la historia y la polémica.

Se denominaban a sí mismos *peñícolas* atendiendo seguramente al sitio donde moraban sus sentimientos. Entre los hacedores del empeño literario, cada quien lo llamaba: *pequeña revista, hoja literaria, periódico semanal, pequeño periódico, hoja mimeografiada, órgano publicitario, semanario diminuto, periódico único literario, periódico breve*.

Cerraba su edición semanal el miércoles y estaba impreso el sábado presto para su distribución durante la reunión. El primer número fue entregado como suceso por Fernando Ortiz Sanz y Guido Villa-Gómez. Con el tiempo la colección se convertiría en un retazo de vida amorosamente tipografiado. Por eso, desde aquel primer sábado, las reuniones se convirtieron en exultantes fiestas.

Íntimamente les inundaba la satisfacción de saberse publicados, pero también eran conscientes de las limitaciones económicas que, como siempre, ha asolado y frenado toda voluntad creativa. En sus tribulaciones se pregunta-

ban a veces con desconsuelo sobre la fugacidad de su contenido, si su inconstancia cerraría el pórtico de su asiduidad literaria.

La edición de Peña estaba a cargo del “Secretario de Turno”, quien recopilaba el material, transcribía y mimeografiaba. No se conoce el número de ejemplares que cada edición producía.

Mantuvieron vínculos con instituciones de actividad similar en el interior del país, donde PEÑA jugó un papel motivador de articulación de la cultura nacional. Así, la entidad grupal tarijeña tuvo en Octavio Campero Echazú y Octavio O'Connor D'Arlach sus principales animadores. La Peña de Santa Cruz integraban Hernando Sanabria, Raúl Otero Reiche, Rivera Arteaga, Humberto Vásquez Machicado. Trinidad tenía por actores a Horacio Rivero Eguez, Jesús Rioja Aponte, Serafín Rivero, Carlos Rivero, José Natush Velasco, David Monasterio Claire y otros. No fue de menor importancia la Peña de La Piz, puesto que para el propósito el vínculo idóneo en Sucre sería D. Gunnar Mendoza desde el Archivo y Biblioteca Nacionales.

Las ediciones aparecían generalmente en cuatro páginas, a veces en dos cuando el vocero abandonado por todos salvaba la edición con

un par de trabajos. También hubo publicaciones de seis, ocho y hasta diez páginas. Eran Secretarios de Turno los responsables absolutos de las ediciones. Ellos fueron: Fernando Ortiz Sanz, Gunnar Mendoza Loza, Guido Villa-Gómez, Julio Ameller Ramallo, Roberto Doria Medina Egúez, Alfonso Medeiros Querejazu, Rafael García Rosquellas, Manuel Giménez C., Gustavo Medeiros Querejazu, J. Alberto Martínez Z., Hernando Achá Siles y Ernesto Reyes Elías.

Se había convenido que para economizar material, cada artículo no debía pasar de 40 líneas, en vista de la carestía mundial de papel y otros implementos editoriales, precipitada por la torrencial largueza publicitaria de la ONU. Pudo más la irrestricta libertad de expresión de los creadores para abordar temáticas que sobrepasarían la extensión normada.

No se dejó esperar el debate sostenido sobre este extremo entre don Gunnar Mendoza y don Rafael García Rosquellas. Aunque Mendoza nunca denominó debate a sus opiniones sino *apostillas*.

De los escritores registrados en el índice del libro “Autores que aparecen en la Peña” destacamos a una figura preclara que ha contribuido a darle nueva dimensión a la cultura boliviana:

GUNNAR MENDOZA LOZA. (Uncía, provincia Bustillo, Potosí, 3 de septiembre de 1914 – Sucre, 4 de marzo de 1994). Fue el último polígrafo boliviano del siglo XX. Ejemplo de trabajo metódico, sostenido y perseverante. Archivero, historiador, bibliógrafo. A temprana edad fue ayudante de los trabajos historiográficos-geopolíticos de su padre, el ilustre médico y escritor Jaime Mendoza Gonzáles.

Después de una extraordinaria formación humanística y académica estuvo desde 1944 al frente del Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia, cargo que desempeñó con pequeñas interrupciones hasta su muerte.

Dentro de sus investigaciones históricas, uno de sus mayores hallazgos fue haber dado con el Diario del Tambo Vargas. Recibió premios, títulos honoríficos y otras distinciones.

Con tan extraordinario perfil intelectual, Gunnar Mendoza tuvo el récord de participación en PEÑA.

En esta grata ocasión, la Fundación Cultural ZOFRO se siente complacida de contribuir al conocimiento y divulgación de la preciosa colección, mediante el presente libro.

Luis Urquieta Molleda



De (izq. a der.): Luis Urquieta Molleda, Presidente de la Fundación Cultural ZOFRO; Juan Carlos Fernández, Director del Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia y el académico de la Lengua Luis Ríos Quiroga

Poetas del fin del mundo: Octavio Paz

Octavio Paz es omnipresente, vive después de la muerte, por ello es que la editorial Seix Barral publicó "Memorias y palabras", cartas que el vate escribió al escritor español Pere Gimferrer durante poco más de 30 años (1966-1997). Cartas donde, según el mismo Pere Gimferrer, rescatan de su condición de inéditas "algunas de las mejores, más conmovedoras, más bellas y más apasionantes páginas de prosa que haya escrito jamás Octavio Paz".

Querido amigo:

Me apresuro a contestar su carta. De otro modo no lo haré nunca.

Espero con impaciencia la aparición de su artículo en *Ínsula*. Una impaciencia natural: su artículo anterior fue de tal modo generoso que no sé si le di las gracias como debía...

Recibí también *Tres poemas*.^{*} Me pide usted un juicio sobre ellos. Le daré algo menos pero tal vez más directo: mi impresión. Ante todo: usted es un poeta (de eso no hay duda) y todo lo que usted escriba será escritura de poeta. La cita o epígrafe es irónica pero no sé si los poemas, salvo en momento aislados, lo sean realmente. El tono es muy distinto a *Arde el mar*. Quiere ser más recogido y proceder por alusiones más que por menciones. Quiere usted contar —no sucesos sino emociones o descubrimientos psíquicos dentro de un contexto real, preciso, prosaico. Todo eso me parece muy bien como programa —aunque me recuerde el programa de cierta poesía en lengua inglesa. Pero me parece que entre su programa y su lenguaje, entre su idea y su temperamento, hay un espacio en blanco. No lo veo en ese realismo psicológico —como no veo a Aleixandre, que ha intentado algo parecido recientemente. Además, su lenguaje no se presta a esa clase de realidades. Habría que hacerlo más sobrio, y más coloquial, por una parte, y, por la otra, más "científico". ** Ustedes —perdóneme la franqueza y acéptela como lo que es: interés apasionado— ven la realidad o como algo grotesco y terrible (ahí casi siempre aciertan) o de un modo sentimental. Y ese género de poesía reclama objetividad extrema. Es lo que no encuentro en sus tres poemas —ni en la mayoría de los que ahora se escribe en España bajo el rótulo del "realismo", sea o no "social". Habría que usar un lenguaje más ascético, más decididamente prosaico o más desgarrado, más seco... y sobre todo, que no se oiga la voz del autor, que la moral la extraiga el lector sin que el poeta se lo diga. Yo veo en la actual poesía española dos notas que no son modernas: el sentimentalismo y el didactismo —juicios sobre el mundo y expresiones sentimentales. Por otra parte, en sus poemas la frase, a mi juicio, es demasiado larga, abundan los adjetivos y muchas veces son los previstos. Pero como usted es poeta, una y otra vez la poesía vence al estilo, destruye la manera e irrumpe: "planeta de agua incandescente" = espejo con sol o luz, es memorable. La alusión a la muerte de Hitler también es eficaz pero la descripción que la



Pere Gimferrer junto a una fotografía de Octavio Paz

precede es demasiado larga y convencional. (Ya sé que usted quiere que sea convencional pero podría lograrlo con mayor economía, y de una manera que hiera más al lector). Aquello de la iglesia saqueada, el dragón y demás, merecía más que una enumeración —y sustantivos y adjetivos más enérgicos... Pero es posible que me equivoque. A mí me gusta más, muchísimo más, *Arde el mar*. Ese libro me entusiasmó. Rompía usted, precisamente, con esa poesía a la que ahora regresa y con la que estoy en desacuerdo, ya le dije, por dos razones; la primera porque no encuentro en ella la precisión, la ironía, las iluminaciones de ciertas zonas sombrías del alma o de la vida diaria, que me da la poesía de lengua inglesa y de la cual la española es, a un tiempo, una adaptación y una *amplificación*, a veces romántica (Cernuda, usted) y otras, las más, retórica; la segunda, porque esa poesía, inclusive en lengua inglesa, no es moderna ni representa la "vanguardia" (para emplear ese

vulgar y antipático término). La poesía moderna en lengua inglesa es lo que está *después*, no *antes*, de Pound y W.C. Williams; en Francia, lo que viene *después* del surrealismo (que es bien poco); en lengua española, lo que hay después de *Poeta en Nueva York*, *Altazor*, *La destrucción o el amor*, *Poemas Humanos*, *Residencia en la tierra*. En Hispanoamérica sí han ocurrido cosas después de esos libros: Lezama Lima, Parra, Enrique Molina y otros más. Pero ¿en España? En España hubo un regreso y por eso yo saludé su libro con entusiasmo. Me pareció, me parece, que reanudaba la gran tradición moderna de la poesía de nuestra lengua y que no era un regreso —como dice la nota de *Tres poemas*— a la vanguardia de 1914 (eso es no saber lo que fue esa vanguardia), sino una ruptura del pseudorealismo. *Arde el mar* fue *inactual* en España porque usted escribió un libro de poesía contemporánea y con un lenguaje de nuestros días,

hacia adelante, en tanto que la poesía de la España actual es inactual por ser una poesía pasada. De nuevo: perdone la brutalidad de mis juicios pero crea que no se los comunicaría si no contase de antemano, primero, con su inteligencia y, en seguida, con su generosidad. Por último: los poetas contemporáneos en todo el mundo —excepto en España, en donde el realismo descriptivo, nostálgico y didáctico sigue imperando como si viviésemos a fines del siglo XIX— están fascinados por las relaciones entre la realidad y el lenguaje, por el carácter fantasmal de la primera, por los descubrimientos de la lingüística y la antropología, por el erotismo, por la relación entre las drogas y la psiquis y, en fin, por construir o destruir el lenguaje. Pues lo que está en juego no es la realidad sino el lenguaje. Y lo está de dos modos: la realidad del lenguaje y el no menos formidable lenguaje de la realidad. En ese sentido —no en el de la retórica verbal— el surrealismo ha pasado —aunque, como es natural y con otro nombre, reaparecerá, reaparece ya en la búsqueda de los poetas nuevos. Querido Gimferrer: ponga en duda a las palabras o confíe en ellas —pero no trate de guiarlas ni de someterlas. Luche con el lenguaje. Siga adelante la exploración y la explosión comenzada en *Arde el mar*. Hoy, al leer en un periódico una noticia sobre no sé qué película, tropecé con esta frase: el hombre no es un pájaro. Y pensé: decir que el hombre no es un pájaro es decir algo que por sabido debe callarse. Pero decir que un hombre es un pájaro es un lugar común. Entonces... entonces el poeta debe encontrar la otra palabra, la palabra no dicha y que los puntos suspensivos de "entonces" designan como silencio. Así, luche con el silencio.

El destino de un poeta —como el de todo ser humano— es imprevisible y misterioso. Quizá usted debería haber escrito *Madrigales*.

Quizá sin *Madrigales* usted no escribiría lo que un día debe escribir y que será la negación de esos poemas y de *Arde el mar*. Si es así (y no lo dudo) esta carta es una necesidad que no tiene otra excusa que esta: la he escrito como si me la escribiera a mí mismo.

Su amigo,
Octavio Paz.



Octavio Paz. México, 1914 - 1998
Premio Nobel de Literatura 1990

^{*}Opúsculo mío publicado en Málaga en 1967 por Ángel Caffarena, con una nota de presentación de Alfonso Canales. Dos de estos poemas pertenecían a mi libro *Madrigales*, que he dejado inédito como tal, al igual que otros poemas de aquella época, a consecuencia de las observaciones de Octavio en esta carta y la siguiente. (Nota de Pere Gimferrer)

^{**}Por ejemplo, en Lowell: lenguaje coloquial + lenguaje científico (psicológico) + Biblia + tradición poética europea. (Nota de Octavio Paz)

“Una mirada crítica sobre el indianismo y la descolonización”

de Hugo Celso Felipe Mansilla

Discurso de presentación por el académico de la lengua Blithz Lozada Pereira en el marco de la XIX Feria Internacional del Libro - 2014

Segunda de tres partes

Así, la condena fundamentalista de Occidente no tiene sentido, como resulta absurdo negar a cualquier ser humano el derecho a acceder a los productos tecnológicos y científicos de la civilización occidental; productos que hoy día constituyen un legado patrimonial de la humanidad sin propiedad exclusiva. No obstante, al persistir tales discursos, la obsecuencia no repara en tener actitudes cínicas respecto de lo que la teoría debería imponer a la acción, también personalmente. La lista de trasgresiones teóricas es infinita porque, de otro modo, resultaría imposible la vida actual. Se trata de una nómina que abarcaría, además de los transportes, la tecnología industrial y el mercado; a la agroindustria y la ganadería de alto rendimiento; el vasto universo de las comunicaciones —desde el primer teléfono estadounidense hasta la más moderna telefonía celular— y los objetos de alta tecnología procedentes del desarrollo militar, por ejemplo, los vehículos para el transporte masivo, las computadoras, el Internet y los hornos de microondas.

Es absurdo negar a cualquier persona que, por un mínimo de coherencia con su discurso fundamentalista, esté prohibido de usar y disfrutar de los muebles, los libros, los equipos de imagen y sonido para el entretenimiento o la tecnología de impresión; es absurdo restringirle transitar por carreteras y vías planificadas según modelos occidentales, a habitar en ciudades y ambientes de arquitectura moderna, o a seguir pautas básicas de la vida urbana, según formas de organización racional, cumpliendo y reproduciendo el diseño de la vida actual que ha creado innumerables bienes culturales como patrimonio, en gran medida, de la civilización occidental. Por esto en el libro de Mansilla también resuena el imperativo de demandar a los sustentadores del rechazo a Occidente, que se abstengan de multiplicar los clichés ideológicos orientados a desconocer, devaluar o criticar en extremo a tal civilización, arguyendo de que lo que Occidente hizo y sigue haciéndolo es deleznable totalmente. Es decir, la crítica del Dr. Felipe Mansilla es a la obsecuencia de quienes son consumidores compulsivos y sin límite de los bienes producidos por la civilización que condenan.

Esta, entiéndase bien, no es una apología a ultranza del industrialismo, la civilización tecnológica ni la sociedad de la ciencia y el conocimiento. En el libro de Mansilla se advierte que como buen crítico que él es, formado según las orientaciones de la Escuela de Frankfurt; es imprescindible criticar con igual o mayor acidez, las condiciones de los productos de la civilización occidental, en particular,

la racionalidad instrumental de la inmediatez y las condiciones de poder que se satisficieron para alcanzar los logros. Pero, por esta misma razón, una diferencia epistemológicamente sustancial entre la sociedad moderna y las culturas tradicionales radica en que solo la civilización occidental y no las sociedades que reivindican lo propio como si fuese superior al legado global, motiva la *autocrítica*. Se trata de una diferencia sustantiva porque aquí radica la causa que explica la diferencia de desarrollo; es decir, el desenvolvimiento civilizatorio se ha dado, en gran medida, gracias al valor y el papel de la crítica, auspiciándose de manera intencional y consciente, el despliegue de la autocrítica moderna.

En efecto, desde su surgimiento, la civilización actual con contenido democrático, ha fomentado la autocrítica; ha protegido, promovido, valorado y sustentado que personas como Felipe Mansilla, sin reparos, sin eufemismos ni intenciones pedestres, sin ansias de procurar poder o dinero, critiquen a la sociedad y sus gobernantes. Porque la condición para el desarrollo, para la regulación y autocorrección colectiva, la base para imponer cambios de marcha en los procesos emprendidos por las sociedades y los pueblos velando por y para sí mismos, laburando en búsqueda del bien común e integrando lo ajeno con lo propio, es el despliegue, sin censura y con una valoración extendida, de la crítica y la autocrítica. Por lo mismo, para esta labor, el trabajo de los intelectuales es insustituible y fundamental; al punto que cuanto más y mejor critiquen, sin ídolos intocables que aparezcan como personajes de brillante o diluida imagen, cuanto mayor acidez viertan con sus palabras diciendo lo que pocos quieren escuchar, desencantando el mundo, deplorando que los pueblos amen intensamente sus propias mentiras fundacionales; es que a tales críticos y no a los fantoches de propaganda, la sociedad, en verdad, les debería otorgar el reconocimiento y admiración que se merecen, porque aparte de ser los mejores hombres, son los valientes visionarios del largo plazo y los autores intelectuales que desbrozan el futuro posible, instando a que la sociedad comience a forjarlo.

Por lo demás, es responsabilidad de los pueblos; es decir, de su grado de conciencia, educación, ilustración, cultura, altruismo e inteligencia; disponer de los medios sociales donde se fragüe la crítica para la construcción del futuro, sin ídolos sagrados, sin caudillos autoritarios intocables, sin regímenes totalitarios ni familias dinásticas encaramadas indefinidamente en el poder. De los pueblos depende de los gobiernos que tengan, depende el futuro que tendrán y es su responsabilidad el contenido del implacable juicio de la historia que con-

denará o absolverá a sus líderes. La historia condena sin perdón ni redención, a quienes siendo protagonistas de procesos falaces y cínicos, son responsables de las oportunidades irremediabilmente perdidas.

En sentido contrario, tienen un sitio impecable y luminoso en los registros transparentes de la historia mundial, destacando por valores universalmente reconocidos, por ejemplo, Gandhi y Mandela. Se trata de dos líderes que vivieron realidades sociales sojuzgadas secularmente por procesos de colonialismo político efectivamente patente hasta el extremo del *apartheid*; ambos fueron luchadores íntegros en contra del colonialismo, capaces de conducir a sus pueblos por el camino de la victoria derrotando a los regímenes impuestos por el país colonialista por excelencia en la historia moderna de la humanidad: Inglaterra. Ambos fueron intelectuales formados y educados con lo mejor que ofrecía la propia colonia inglesa en cada contexto; ambos fueron hábiles para volcar su educación y visión política de su filosofía personal, para liberar y beneficiar a sus sociedades. De este modo, la historia ha consagrado a Mahatma Gandhi y su consecuencia existencial evidenciada en sus acciones, actitudes y manifestaciones contra el colonialismo inglés: llegó al extremo de hilar su propia ropa, de comer frugalmente los productos endémicos de su país, de rechazar todo medio de transporte y comunicación, de vivir en radical austeridad desvalorando con absoluta dignidad moral y eficacia política, el mundo colonial; inclusive hasta el punto de rechazar por convicciones religiosas profundas, los valores placenteros de las relaciones conjugales íntimas. Por su parte, Nelson Mandela fue capaz de abofetear moralmente a los ingleses haciendo que su país y su raza fuesen respetados por el mundo entero; tuvo la inteligencia para aplastar espiritualmente de manera ejemplar y definitiva la ideología del *apartheid*, y gracias a su visión plasmada en el discurso de reconciliación nacional, en la manifestación pública que perdonó también a sus carceleros por décadas de reclusión; gracias a su generosidad fruto de su admirable *ethos* personal —causa que motivó a que abandonara el poder cuando concluyó su mandato— fue posible que la sociedad sudafricana comience a enfrentar y capear los problemas, las cicatrices y el dolor secular ocasionados por la discriminación y el racismo. Así, el sitio de Mandela en la historia, universalmente reconocido, no es por el color de su piel, sino por su integridad moral, su inteligencia y generosidad, y porque de verdad y en serio, se constituyó en líder contra el colonialismo, conduciéndose moral e inteligentemente: dejó la Presidencia cuando debía hacerlo y fue capaz de establecer las bases para

crear las condiciones para que, en contra de las argucias discursivas y las manipulaciones mediáticas, tanto los negros como los blancos de Sudáfrica aporten en la construcción del futuro expectable y posible de una sociedad tolerante, progresista e igualitaria.

A contrahilo de la congruencia existencial anti-colonial de Gandhi y a contrahilo del discurso de reconciliación de Mandela, el indianismo vernáculo y la descolonización nativa tienen, como otras corrientes ideológicas de izquierda que Mansilla desnuda y critica, una visión dicotómica que presenta el agonismo de amigos contra enemigos, aliados contra opositores, adláteres contra críticos. Se trata de una visión de la realidad que apenas sirve como coartada discursiva para ocultar prosaicos intereses de sus propugnadores, por el poder y el dinero. Por lo demás, la obsecuencia de los indianistas radicales y de los “profesionales de la descolonización” como Mansilla los llama, no tendría límite. Históricamente apenas discurren una concepción infantil marcada por un maniqueísmo simplón, que presenta a la civilización occidental como “malvada” y “perversa”, en oposición al discurso pueril que presenta a la cultura tradicional de raíz indígena imaginada como “buena”, “sufrida” y victimizada, al grado de que la suma de sus desgracias y dolores, sería exclusivamente el efecto de la acción del *otro*. Se trata de una visión carente de autoestima y sin la energía para reponerse de la postración secular, construyendo el futuro mediante la inclusión e integración sistémica que aúne los aportes provenientes de la diversidad étnica y cultural.

Por su parte, la crítica científica a Occidente debe poner el dedo en la llaga, pero no puede hacerlo con un sesgo ideológico dirigido a la manipulación. Debe mostrar las contradicciones de la civilización, pero también sus logros; por ejemplo, debe criticar las armas de alta sofisticación y las tecnologías de exterminio racial, pero también valorar la posibilidad de resolver los problemas de la humanidad en actual crecimiento exponencial, problemas concernientes a la demanda de alimentación, salud, educación e información que solo pueden enfrentarse con los recursos tecnológicos del presente.

Continuará

Sor Juana Inés de la Cruz

Sor Juana Inés de la Cruz (Juana Inés de Asbaje y Ramírez de Santillana). San Miguel Nepantla, 12 de noviembre de 1651 - Ciudad de México, 17 de abril de 1695. Religiosa y escritora novohispana, exponente del Siglo de Oro de la literatura en español. Cultivó la lírica, el auto sacramental y el teatro, así como la prosa. Por su obra también se la conoce como "Fénix de América" y "La Décima Musa".



Correspondencias entre amar y aborrecer

Feliciano me adora y le aborrezco;
Lisardo me aborrece y yo le adoro;
por quien no me apetece ingrato, lloro,
y al que me llora tierno no apetezco.

A quien más me desdora, el alma ofrezco;
a quien me ofrece víctimas, desdoro;
desprecio al que enriquece mi decoro,
y al que le hace desprecios, enriquezco.

Si con mi ofensa al uno reconvento,
me reconviene el otro a mí ofendido;
y a padecer de todos modos vengo,

pues ambos atormentan mi sentido:
aqueste con pedir lo que no tengo,
y aquel con no tener lo que le pido.

Dices que yo te olvido, Celio, y mientes

Dices que yo te olvido, Celio, y mientes,
en decir que me acuerdo de olvidarte,
pues no hay en mi memoria alguna parte
en que, aun como olvidado, te presentes.

Mis pensamientos son tan diferentes
y en todo tan ajenos de tratarte,
que ni saben ni pueden olvidarte,
ni si te olvidan saben si lo sientes.

Si tú fueras capaz de ser querido,
fuera capaz de olvido; y ya era gloria
al menos la potencia de haber sido.

Mas tan lejos estás de esa victoria,
que aqueste no acordarme no es olvido
sino una negación de la memoria.

¿En perseguirme, mundo, qué interesas?

¿En perseguirme, mundo, qué interesas?
¿En qué te ofendo, cuando sólo intento
poner bellezas en mi entendimiento
y no mi entendimiento en las bellezas?

Yo no estimo tesoros ni riquezas,
y así, siempre me causa más contento
poner riquezas en mi entendimiento
que no mi entendimiento en las riquezas.

Yo no estimo hermosura que vencida
es despojo civil de las edades
ni riqueza me agrada fementida,

teniendo por mejor en mis verdades
consumir vanidades de la vida
que consumir la vida en vanidades.

La heroica esposa de Pompeyo, altiva

La heroica esposa de Pompeyo, altiva,
al ver su vestidura en sangre roja,
con generosa cólera se enoja
de sospecharlo muerto y estar viva.

Rinde la vida en que el sosiego estriba
de esposo y padre, y con mortal congoja,
la concebida sucesión arroja,
y de la paz con ella a Roma priva.

Si el infeliz concepto que tenía
en las entrañas Julia, no abortara,
la muerte de Pompeyo excusarla.

¡Qué tirana fortuna! ¡Quién pensara,
que con el mismo amor que la tenía,
con ese mismo amor se la causara!

El ausente, el celoso, se provoca

El ausente, el celoso, se provoca,
aquel con sentimiento, éste con ira;
presume éste la ofensa que no mira
y siente aquel la realidad que toca:

Éste templa tal vez su furia loca
cuando el discurso en su favor delira;
y sin intermisión aquel suspira,
pues nada a su dolor la fuerza apoca.

Éste aflige dudoso su paciencia
y aquel padece ciertos sus desvelos;
éste al dolor opone resistencia;

aquel, sin ella, sufre desconuelos:
y si es pena de daño, al fin, la ausencia,
luego es mayor tormento que los celos.

Verde embeleso de la vida humana

Verde embeleso de la vida humana,
loca esperanza, frenesí dorado,
sueño de los despiertos intrincado,
como de sueños, de tesoros vana;

alma del mundo, senectud lozana,
decrépito verdor imaginado,
el hoy de los dichosos esperado
y de los desdichados el mañana:

sigan tu sombra en busca de tu día
los que, con verdes vidrios por anteojos,
todo lo ven pintado a su deseo:

que yo, más cuerda en la fortuna mía,
tengo en entrambas manos ambos ojos
y solamente lo que toco veo.

Lo que se come en Bolivia: Oruro

La primera sorpresa en la ciudad del trabajo – Los rostros asados y las formalidades con que deben comerse – La tremenda uchu llajwa – Los milagrosos efectos de la especialidad quirquincha – P'osqo api y llauch'as

Llegamos a Oruro una tarde muy fría, y a pesar del vientecillo helado que sopla y discurre por las asfaltadas calles de la ciudad del trabajo, pronto estamos paseando por la estrecha calle Bolívar, iluminada con brillante policromía. Muy luego encontramos a varios amigos a los que tenemos que confesar el motivo de nuestras andanzas.

Con sonrisa de suficiencia, uno de ellos se ofrece para actuar de *cicerone* gastronómico nuestro, al día siguiente. Acepto contentísimo su ofrecimiento.

Esa misma noche, largo rato después de la cena, lo vemos llegar a nuestra habitación. Como pensamos acostarnos enseguida, por el frío respetable, inquirimos con curiosidad por el objeto de su visita.

Su eterna sonrisa se acentúa al contestarnos.

—¡Pero che! Ustedes quieren comer bocados verdaderamente orureños y ya están por acostarse. Por lo visto no están ni remotamente enterados de las formalidades de estilo necesarias para gustar un manjar netamente de Oruro y que es la delicia de los buenos *quirquinchos* desde hace muchísimos años... ¡Tenemos que salir!

Le digo que no comprendo por qué para saborear un plato legítimamente orureño, tengamos que salir a esa hora de la noche. El amigo se mantiene impenetrable e inflexible y nos amenaza con que si no salimos, perderemos la oportunidad de saborear algo original, exquisito y comido con las formalidades establecidas por tradición entre los orureños, ya que no hay todos los días oportunidad de conseguirlo.

Con un hondo suspiro de resignación abandonamos el cuarto y seguimos al amigo.

No quiero cansar al lector (o quizás, por ventura, deliciosa lectora) con la relación de nuestro ambular nocturno. Sólo diré que nuestro amigo, a las apremiantes preguntas que le hicimos, al fin contestó así:

—Vean ustedes, quiero que coman un verdadero manjar de Oruro, pero para ello es condición *sine qua non* que pasen la noche sin dormir, para apreciar mejor el sabor de algo que comerán mañana.

Objeto que pasando la noche sin dormir, no tendré aliento para tomar nada, pero de poco sirve mi cada vez más débil resistencia. Andamos, entramos, salimos, subimos y bajamos calles, cruzando plazas y parques y el frío va entumeciéndonos el cuerpo. Mentalmente ruego a Dios que por tratarse de un caso excepcional, adelante la salida del sol para cesar de sufrir. Siempre atento y servicial *Tata Dios* escucha mi helada súplica y pronto vemos teñirse el horizonte de un bello tinte amarillento. Amanece. Nuestros cuerpos se mueven cansados y ataridos.

El jovial compañero nos mira, sonriente, y dice: —Ahora es cuando.

Y con la seguridad que da la costumbre, nos conduce a una casita de la calle Cochabamba. Entramos y pronto estamos

sentados alrededor de una mesa. Estoy asombrado pensando lo intempestivo de la hora para comer. Desde luego, no tengo absolutamente ni pizca de apetito.

Espero el acostumbrado arreglo de la mesa: cubiertos, alcuza, mantel, pan...

Pero una gorda sirvienta viene y coloca delante de cada uno de nosotros solamente un plato vacío. Regresa y pone otro plato al centro de la mesa, lleno de una masa verdusca de olor penetrante. Curioso, estiro el cuello y huelo... ¡y quedo espantado!

Es la feroz, la terrible, la famosa *uchu llajwa*. El ajf que quema los labios, que abraza la lengua, que da más apetito... ¡Es ella!

Nuevo viaje de la gorda sirvienta. Ahora trae una botella de *singani* y tres vasos.

Y por último, la entrada triunfal... ¡Orureños, de pie! Son los ¡rostros asados!

Una cabeza de cordero, íntegra, es depositada en el plato de cada comensal. Curioso la famosa especialidad de Oruro. La cabeza ha sido cocida al horno con cuero, lana y todo. El negruzco hocico del honrado rumiante se ha tostado y fruncido, dejando al

descubierto los amarillentos dientes en una trágica sonrisa póstuma.

Espero tenedor y cuchillo, pero nuestro amigo grita alegremente:

—Ahora voy a explicarles las condiciones especiales en las que debe ser saboreado el dilecto plato de los *quirquinchos*. El que quiera comerlo, debe pasar la noche sin dormir, estar sin apetito, con el cuerpo cansado para apreciar mejor los milagrosos y tonificantes efectos de los *rostros asados*. La comida debe ser rociada exclusivamente con el mejor *singani*... y lo esencial, lo original y que es propio de este manjar, ¡no debe usarse cubiertos!

—¡Y cómo comemos entonces! —exclamó al unísono con mi secretario.

—Véanlo —nos dice el inefable amigo.

Y vemos.

Con una maestría que denota su costumbre, procede a descoyuntar las mandíbulas del cordero. Luego de dejar mondos y lironos los maxilares, se sirve de uno de ellos como de ganzúa y con la habilidad de un experto ladrón, introduce la punta en el agu-

jero occipital y con un brusco movimiento y un crujido siniestro, el cráneo se abre y los blancuzcos y humeantes sesos quedan al descubierto.

Nos encanta el sistema y procedemos. El bocado más exquisito de un *rostro asado* es indudablemente la lengua. ¡Qué suavidad de carne!... ¡Qué sabor!...

Y luego, también descerrajamos el cráneo y entusiasmados mezclamos las entendederas del pobre corderito con un poco de *uchu llajwa*.

El primer bocado me hace corcovear. Pero siguen el segundo, el tercero... y mientras más *uchu llajwa* comemos, más *uchu llajwa* queremos. Pronto sólo quedan en el plato un montón de huesos y tiras de cuero. Hasta los tristísimos y turbios ojos del cordero han seguido viaje hacia las profundidades de nuestro ser.

¡Y qué maravilla! Tenemos un apetito increíble. Sentimos nuestro cuerpo ágil, vigoroso, la mente despejada. Bebemos de un golpe un gran trago de *singani*. Nuestro deseo de comer se acentúa. El amigo conoce, sin duda, los efectos de los *rostros asados* porque pide al dueño de casa: —¡P'osqo api y llauch'as!

Al momento tenemos delante, vasos llenos del agri dulce *p'osqo api* de color carmesí pardusco y *llauch'as* con sabroso queso elástico y cebolla. Otros dos bocados exquisitos. Yo tomo dos vasos de *api* y cuatro *llauch'as*. Al fin reposamos.

Nuestro amigo nos interroga con la mirada. Silenciosamente le estrecho la mano, certificando de esa manera mi complacencia y mi hartura. Permanecemos aún otro momento sentados y luego salimos a la calle. Son las ocho de la mañana y parece que me acabo de levantar. Fresco como una lechuga recién lavada, vigoroso, optimista y encantado de haber trabado conocimiento con uno de los platos más originales y sabrosos de la república.

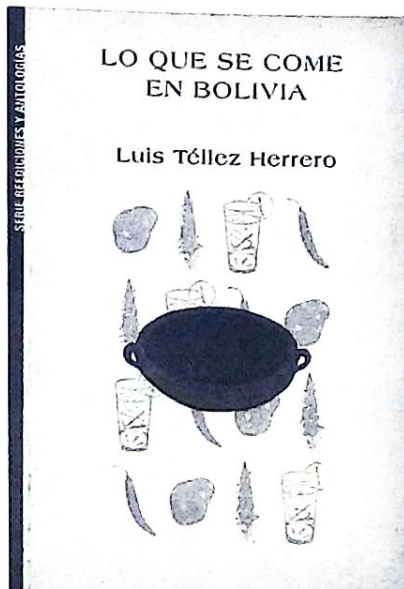
Estoy seguro de que siempre quedarán sin respuestas estas tres preguntas:

—¿Quién, que no sea de piedra, resistirá impávido la presencia de un *rostro asado*?

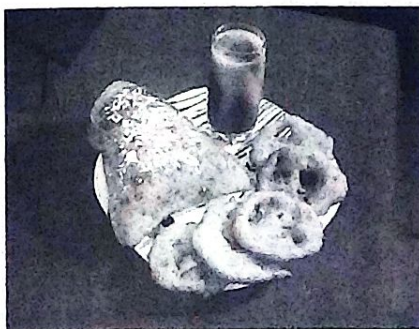
—¿Quién no siente conmovidas sus entrañas cuando husmea el excitante olorillo del hocico chamuscado del cordero?

—¿Quién no se emociona al mascar voluptuosamente la suavísima lengua o al tragar como pídoras, los duros y turbios ojos?

Luis Téllez Herrero. Oruro, 1910-¿? Escritor, periodista y caricaturista.



Publicación auspiciada por el Ministerio de Culturas y Turismo.
Fondo de Fomento a la Educación Cívica Patriótica.
Estado Plurinacional de Bolivia 2014



EL MÚSICO QUE LLEVAMOS DENTRO

Responsable: Gabriel Salinas Padilla

Gabriel Salinas

Cartografías de la música boliviana II

Tercera de cuatro partes

En la serie de entregas consignadas bajo el rótulo de "Cartografías de la música Boliviana II" nos hemos abocado a describir las actividades de la Peña Naira, centro neurálgico del movimiento cultural compuesto entre otros, por las figuras de Ernesto Cavour y Alfredo Domínguez a quienes nos dedicamos en las entregas de las "Cartografías I", en tanto nos parece que ambos músicos son importantes exponentes del "neofolklore" musical boliviano que analizaremos en las Cartografías III. No obstante, el trabajo de G. Bello y T. Fernández, "Peña Naira: ¿Ruptura o continuidad en el folklore boliviano?" que hemos venido citando, tiene un planteamiento respecto al "neofolklore" musical boliviano. Por ello, para concluir, reproduciremos el capítulo entero de su monografía, en tanto, nos permitirá recoger elementos para construir una visión problematizante del folklore, como habíamos anunciado en la primera entrega de "Cartografías I".

El "nuevo folklore" como problema conceptual

Desde la época de la Peña Naira en los sesenta hacia acá han sido muchos los calificativos que se han usado para referirse al movimiento artístico folklórico surgido en y paralelamente a la Peña Naira. Muchos términos hacen referencia en mayor o menor medida a una "renovación" o "resurgimiento" de la música folklórica. Detrás de estos términos existe, creemos, una historia ligada a las discusiones de la disciplina folklórica de los años cincuenta—años del gobierno de la Revolución Nacional y de la búsqueda identitaria del nuevo Estado— así como existen intereses colectivos por un lado y desconocimiento del acervo "popular" de parte de la clase media-alta urbana por otro. Nuestra intención de este modo es acercarnos levemente, primero, a las discusiones teóricas de los cincuenta, y en segundo lugar, a las discusiones y discursos surgidos en los años ochenta desde el movimiento de la "Nueva Canción" y las críticas ver-

tidas por este movimiento a un pretendido "Nuevo Folklore".

La disciplina folklórica, según la mayoría de quienes se consideraban folkloristas en las décadas de los cuarenta y cincuenta, surge a mitades del siglo XIX de la mano de Williams Thoms en Inglaterra. El mayor motivo de queja de estos folkloristas fue sin duda el "retraso" académico nacional en esta materia. Así, el término y la disciplina en sí, se desarrollan justamente durante la labor de estos personajes: Víctor Varas Reyes (que había estudiado en Chile), Adolfo Costas Arguedas y el gran bibliófilo Rigoberto Paredes, junto a su hijo Antonio, son algunos de los primeros promotores del uso del término "folklore" y el desarrollo de su disciplina.

El reconocimiento oficial de esta disciplina puede rastrearse ya desde 1929 con el decreto supremo del 3 de agosto de 1928 que destaca la urgencia de recoger y clasificar el folklore nacional, encargando tal labor al magisterio. Un manual elaborado por el gobierno aconseja la recolección de 1) Narraciones y tradiciones 2) Costumbres tradicionales 3) Lenguaje popular 4) Creencias y supersticiones 5) Canto Popular 6) Vida y arte popular 7) Ciencias y conocimientos particulares. Pero no es hasta 1949 durante la presidencia de Enrique Herzog, y la gestión del ministro Armando Alba, que se crea la sección de folklore boliviano, adscrita al Departamento de Cultura, dependiente del Ministerio de Educación, que a lo largo del tiempo iría a concluir en el actual Museo Nacional de Etnografía y Folklore.

El discurso vertido por estas instituciones y sus teóricos se ve claramente reflejado en la "Mesa redonda de folklore en música y danzas" llevadas a cabo en 1955 bajo el auspicio del gobierno municipal de La Paz. Estos discursos se mueven siguiendo las líneas clásicas de definición de folklore 1) popularidad, 2) anonimidad y 3) tradicionalidad. Siguiendo estas directrices se tenía la noción general de que el único objeto de estudio en cuanto a música eran las tonadas rurales anónimas. Así la mesa redonda va



dirigida a la conservación de la pureza de la música rural, haciendo una distinción entre ella y la música popular (con autor).

Debemos definir claramente una distinción entre las gestiones del departamento del folklore anteriores a la revolución nacional y las posteriores. En ese entonces, aparte de la pretensión de pureza del folklore, se intenta utilizarlo como fundamento de la identidad nacional.

La pregunta es cómo pasamos de estos discursos académicos de los años cuarenta-cincuenta, a la visión popularizada que se tenía del folklore en la década de los sesenta. Una respuesta parcial podría apuntar al desencuentro de la academia y las instituciones oficiales con las nociones generales acerca del folklore que se tenían ya en los cuarenta-cincuenta. Es curioso encontrar una revista de 1964, publicada por la

División de Folklore del Departamento de Antropología del Ministerio de Educación, los nombres de Jorge Carrasco (fundador de la Galería Naira), Micky Jiménez, Luis "Pepe" Murillo, Carlos Palenque (los dos miembros de los Caminantes), Ernesto Cavour (miembro de los Jairas) en una plana de afiliados difusores al Comité de investigadores de aquella división. Y es curioso porque, ya como segunda respuesta optativa a la cuestión arriba planteada, nos demuestra hasta qué punto en los años sesenta las inquietudes de instituciones académicas como la citada División también eran patentes en los personajes importantes dentro de la música folklórica cercana a la Peña Naira.

Capítulo tomado de "Anales de la Reunión Anual de Etnología n° 24"